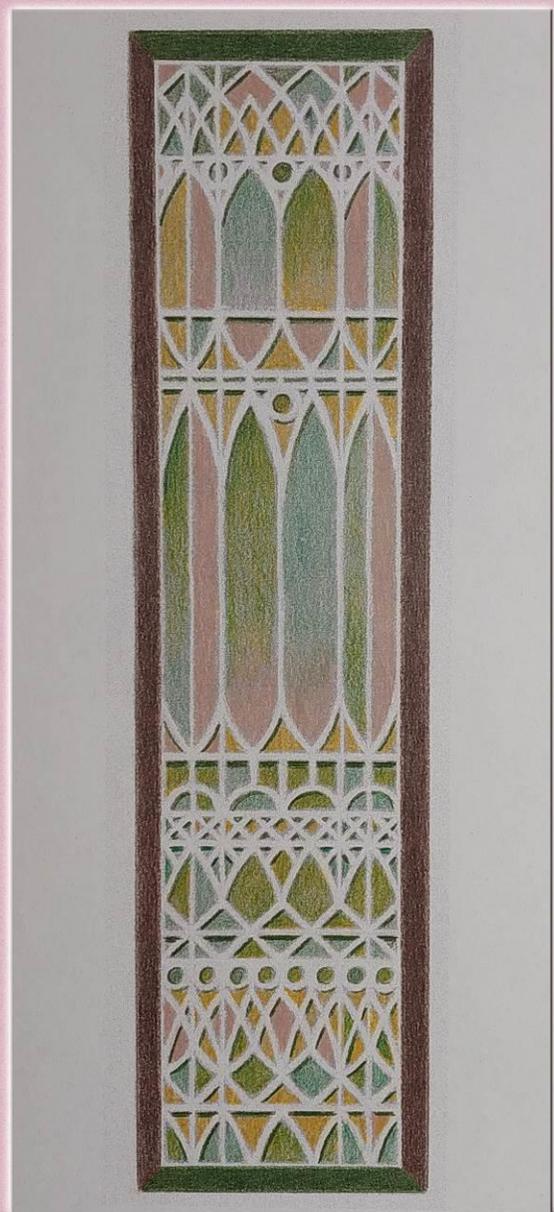


MIRADOR PONCEÑO



---

**Medio mixto sobre papel: Morada 4**  
**Antonio Hernández Gierbolini**

## Mis recuerdos de Socorro Girón Torres

Otto Sievens Irizarry  
Profesor retirado de la PUCPR

### I

*A la sombra de la ceiba* (1959) es el único poemario de Socorro Girón. La dedicatoria reza: “A Ponce, mi pueblo natal. A la sombra de su ceiba he vivido. A LA SOMBRA DE LA CEIBA ESPERO MORIR”. Su poema “A Ponce” en su primera estrofa dice: “No quieras ser ciudad, quédate villa; no quieras ser metrópoli sin alma, sigue el ritmo de pueblo, vive en calma, que la prisa es horrible pesadilla”. Así cantaba la recordada educadora, quien fue historiadora oficial de Ponce (1973) y exaltada a la galería de ponceños ilustres (1992). Sabía que Ponce tiene carapacho de ciudad, pero corazón de aldea.

Doña Socorro se ufanaba diciendo que dio problemas desde su nacimiento. La niña era muy grande y el doctor Juan Belén Gotay se vio precisado a usar “fórceps” para sacarla. La marca quedó en su frente. Nació el 9 de marzo de 1919 en la ciudad de Ponce. Fueron sus padres Manuel Girón Gallego y doña Miguelina Torres Irigoyen. Como la madre se vio tan mal en el parto, había invocado a la Virgen del Socorro. El nombre de pila fue Carmen Socorro. El apodo familiar “Socorrito” para evitar aspavientos cuando la llamaban.

El padre murió joven, tuberculoso, y la familia se vio marcada. La madre emigró hacia Estados Unidos y dejó la a niña al amparo de unas tías. Las tías se comprometieron a llevarla a visitar su madre. Por eso, ella se ufanaba de haber viajado en barco, aviones bimotores y los modernos jets. Yo le bromeaba y le decía que esperábamos que no se le ocurriera servir de

voluntaria para viajes espaciales. En esto debo recordar que ella se describía como que estaba en la “línea cohete”, haciendo alusión a que era delgada.

Creció y se distinguió por su inteligencia. Cuando estaba en la escuela superior y sobresalía, recibió el amparo del tío paterno, don Heraclio Girón, señor del barrio Corral Viejo de Ponce; el mismo que sirvió de modelo para su cuento “El injerto”.

Estudió en la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Se hospedó en la residencia Carlota Matienzo. Se graduó en 1939 de bachillerato en educación con concentración en francés. Se hizo maestra. Enseñó español y francés en las escuelas privadas y públicas de Ponce.

Casó con Onofre Segura Limardo, hijo del mallorquín don Bernardo Segura y la puertorriqueña doña Rosa Limardo. La familia Segura era dueña de una empresa de maderas y formaba parte de la sociedad ponceña. Socorro era inteligente, maestra, pero con el defecto de ser pobre. Por algún tiempo prevalecieron las diferencias hasta que el panorama cambió. Los negocios menguaron, pero el prestigio de la educadora creció y sus alumnos ocuparon puestos en las diferentes esferas. A modo de ejemplo, recuerdo cuando el Lic. Baltasar Corrada del Río fue Comisionado Residente en Washington. Doña Socorro tenía línea directa. El antiguo niño oriundo de Morovis e interno en el Colegio de Varones de Ponce nunca olvidó a

su maestra de escuela superior que algunos fines de semana se lo llevaba para Corral Viejo. Entre los compañeros de trabajo en el Colegio Ponceño estaba Mr. Casiano, el futuro Obispo de Mayagüez (1976), Ulises Casiano Vargas (1933-2018).

Doña Socorro tuvo un acercamiento muy grande con su padre político, don Bernardo Segura, oriundo del pueblo de Manacore en Mallorca. Con él caminó su pueblo natal; y, en Palma de Mallorca, en la Imprenta de Mossen Alcover, se publicaron los *Facsimiles de Gautier Benítez* (1964). En su hogar guardaba un costurero hecho en madera de olivo, obsequio de don Bernardo.

Las descripciones que hacía de sí misma eran muy folclóricas. Decía que era “color del tocino” y “chumba como las vacas”. Desde muy joven, desde los 28 años, el pelo se tornó blanco. Se embromaba diciendo que siempre estaba “vestida de guajana” y que era “la sobrina de Santa Claus”. Otros se referían a ella como “la señora del penacho blanco”. Las cejas permanecieron negras, herencia de la abuela materna, doña Genara Irigoyen, oriunda del barrio Tallaboa de Peñuelas; persona muy religiosa y benefactora en la Catedral de Ponce, y una de las donantes de los bancos del templo.

Era católica a su manera. Ella se imaginaba el infierno como un fregadero con muchos trastes. Su carácter impetuoso, a veces explosivo, dejó marcas. Siempre contaba cuando fue a bautizar a uno de sus hijos. En su matrimonio procreó a Bernardo y a Onofre. Fue hasta la Capilla de Corral Viejo, localizada justo al lado de la casa de don Heraclio. Cuando hacía la fila del bautizo, el cura le llamó la atención para que se alineara. Tal parece que se le subió lo “Girón” y mandó al cura para el... No recuerdo si los testigos padrinos eran don Ramón Ramos Plunquett y doña Celina Lorenzi. Terminaron bautizando al muchacho en la Casa Parroquial de los Padres Paúles en la Calle Cristina. En su casa tenía un cuadro de Miguel Pou donde se captaba la estampa de la casa de

campo con la capilla de Corral Viejo. ¡Tremendo recuerdo!

La saludé por primera vez en mi vida en el año 1972. Durante una actividad en La Fortaleza, hubo un reconocimiento a los historiadores; ella era historiadora oficial de Ponce desde 1973, y, yo, historiador de Guayanilla por vocación. Me le presenté y expresé mi deseo de conocerle personalmente. Años después me recordaba la vergüenza que pasó en aquel acto. Ella rompió el protocolo al besar al gobernador Rafael Hernández Colón. En ese momento, el ponceñismo se había subido y ella vio, no al señor Gobernador de Puerto Rico, sino a su maestro de Derecho.

Doña Socorro era tan excepcional como su tipo de sangre: O+. Durante su vida la persiguió la anemia y frecuentemente tenía que ser inyectada con hierro. Su salvavidas era su vecina y comadre Margot. La profesora Margarita Vilaró de Descartes (Margot) fue directora de enfermería en la Universidad Católica. En ausencia de Margot, fuimos varios los que tuvimos que inyectarla. En varias ocasiones fue hospitalizada. Personalmente, la llevé a la Clínica Mimiya en Santurce, propiedad de la familia del Dr. Ramón Suárez, quien casó con María Javiera Gautier, nieta del poeta José Gautier Benítez. La descendencia de Gautier la consideraba parte de la familia. Cuando la hija del poeta, doña María Benítez Gautier estaba en su lecho de muerte, rápido le notificaron y yo la acompañé a la residencia en Miramar. Sin embargo, su gran padecimiento fue la neuralgia trigeminal. El “tic doloureux” le mortificó desde 1957. Fue operada en tres ocasiones. Se desplazó a Nueva York donde el médico Raúl Pietri la operó, y, en 1981, el doctor Ronald Brisman. En la década del sesenta regresó a Ponce en silla de ruedas, pero su voluntad se impuso. Siguió estudiando Derecho y se dio el lujo de desfilar con su hijo Bernardo en los ejercicios de graduación de la Universidad Católica en 1967. En una carta de 1978 me decía: “Soy abogada. Pero, nunca ha pasado por mi mente el practicar el Derecho como profesión. Mi profesión de fe está en la

cátedra, pero no en el tribunal. No nací para juzgar a nadie pues para mí todo el mundo tiene razón, la suya. Cada cual la propia. Y, por otro lado, *hay razones del corazón que la razón no entiende*".

Para su Maestría en Artes sometió su disertación *Gregorio Marañón: escritor* (1961), y, para su doctorado en Filosofía en Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, presentó *Julio Camba: escritor novecentista* (1981). Su tesis doctoral se la dedicó a don Federico de Onís quien tanto hizo por España en América.

Al examinar el epistolario de don Federico de Onís, encontramos que se dirige a Socorro Girón como "mi querida discípula"; la consideró una de las mejores en su larga vida dedicada a la enseñanza. Por ironía de la vida, don Federico padeció del trigémimo, "la enfermedad suicida". A pesar de los percances de salud, doña Socorro siempre mantuvo el vicio de fumar y beber café. Parecía un "botafumeiro".

Tuvo inquietud por expandir sus horizontes más allá de los libros. Era una viajera incansable, Yo le decía que tenía "el culillo en High". Visitó París, Londres, Munich, Zurich, Venecia y Madrid en julio, 1976. Cuando visitó Turquía y Grecia en 1978, me envió una tarjeta postal donde decía "El paisaje de las montañas me recuerda el de Guayanilla. La aridez de estas tierras me recuerda las suyas. Es diferente y similar". Como recordatorio, me trajo un "Kompoloi" o las cuentas de la preocupación. En ese viaje también visitó Moscú, que se preparaba para para las Olimpiadas de 1980. Visitó Cuba (junio de 1979) y, como recordatorio, recibí un saquito de arena en miniatura con arena de Playa Girón. Siempre decía que si uno quería conocer un país, tenía que visitar la plaza del mercado y el cementerio.

Deseo recordar su hogar en la Urb. Santa María, Calle B # 146 de Ponce. Posteriormente, esa calle fue designada Calle de la Divina

Providencia. La primera vez que la visité recibí un impacto. Donde era el comedor original de la casa, todas las paredes estaban forradas de libros. En el centro había una mesa y, como centro de mesa, había una escupidera. Asombrado pregunté por ella y me contestó: "Es para echar toda la mierda que se habla aquí". Mis ojos se tornaron expresivos. Abonó que la había traído de Inglaterra. Era de porcelana blanca con un paisaje en amarillo. Me acerqué y, para mi sorpresa, en su interior tenía dibujado un ojo dentro de un triángulo. Al inquirir la anomalía, me contestó: "Eso es para que hable con el otro ojo".

Luego del comedor, había unas puertas que llamo "de vaquero", pues abrían para ambos lados y servían de entrada al pasillo que daba a los cuartos dormitorio. Allí estaba el "Cuarto de Ponce" adornado de objetos rojos y negros; y "El Cagadero", que era su cuarto de dormir y trabajar. Allí estaba la maquinilla de "picapietra", donde transcribió y anotó todos los libros de Luis Bonafoux, de Ramón Méndez Quiñones y el manuscrito "Ideas" de Manuel Antonio Zavala. El tercer cuarto era para las visitas; estaba adornado con recuerdos precolombinos en bronce traídos de Suramérica. El patio era todo en cemento. Solo había espacio para un limonero y lo adornaban como veinte tuestos de cemento con helechos cola de pescado.

En "El Cagadero" trabajaba día y noche. Era una trabajadora incansable. Ella decía que era una "prostituta intelectual". Se acostaba con Lope de Vega y amanecía con El Manco de Lepanto [aclarando que todos estaban difuntos]. Si se le invitaba a una fiesta, mejor era no esperarla, tampoco a las graduaciones, porque no le gustaba vestirse de "murciélago". Si tenía que cumplir en el momento de muerte, iba al velatorio temprano en la mañana, donde muchas veces se encontraba a solas con el difunto.

Doña Socorro era un ser solitario. Usando sus palabras: "vivo sola, pues ni cortejo tengo". Su matrimonio se disolvió en 1974

después de 35 años. Se divorció por la mañana y ya por la tarde estaba en la división de bienes gananciales. Ella se ufanaba que para algo tenían que servir sus estudios de Derecho.

El verdadero escenario de la maestra era su salón de clase. Allí pesqué una enfermedad: “pulmonía en los dientes”. Era experta haciendo tirabuzones. Nos enseñó que “don” es el apócope de la frase “de origen noble”, que la mapriora salió del convento (madre priora) y que el cortejo y cortesana salió de palacio. El güiro era el violoncello tropical; la “greñería” era el “beauty parlor” jíbaro y según ella toda mujer tiene “senado” y “cámara de representantes”. Se ingeniaba unas etimologías algo impactantes: “pedante” era el que era pedo antes y “ahora es mierda”; “cementerio”, lo que fue semen “semen erus”; “abrojo” es “abre el ojo” que te hincas; “pitorro” surgió, cuando el que velaba, dijo al otro alambiquero: “Cuando vea la Guardia Civil yo pito y corro”; y “quenepa” es la fruta que no es (que n’est pas). Ella visitaba al ojista, no al oculista. Lo mismo nos bailaba un minué que tarareaba las plenas de Ponce. Nos explicó el origen de expresiones tales como “tú no sabes ni jota”, “poner una pica en Flandes” y, por estar cerca de ella, aprendí decires de Ponce como “Sales más que la preña”, “si bebes agua del Caño del Quemao te quedas en Ponce”, y “tú no sirves ni para llevar peos a Coamo”.

Aprendí literatura española y puertorriqueña. Cuando estudiamos el Mío Cid se destacó a Minaya, el ayudante del Cid, por no decir el alcahuete. El compañero Carlos Juan Canggiano, del vecino pueblo de Juana Díaz, le cargaba el bulto a la profesora y le buscaba café. De ahí que lo bautizara “Minaya”. A Vicente Canggiano lo bautizó “Vicente Espinel”. De esa forma siempre se nos quedó en la memoria que Minaya fue el ayudante del Cid y Espinel compuso la décima de diez versos. Como yo hablaba de plantas y del arte de curar, me bautizó “Pancho Mascota” y me tarareaba la copla: *“Me llaman Pancho Mascota/ y el médico del Coquí, / yo curo con la botánica/ y*

*la raíz de morivivi”*.

En una ocasión me llevó a conocer una viejita que se llamaba doña Herminia Del Valle, quien había sido enfermera y vivía en la Urb. Constancia. Me contaba que doña Herminia no iba a la tienda Pitusa porque la confundían. Al leer la novela *El avispero* (1905) de Luis Bonafoux entendí la relación. El personaje principal de la novela se llamaba Pitusa y se dedicaba a la profesión más vieja; de ahí que muchas personas mayores en Puerto Rico lo usaran como eufemismo; así comprendí por qué en mi barrio de Las Magas había una “Rosa Pitusa”; y no era porque fuera consumidora compulsiva. Ella me llevó a conocer a la Dra. Concha Meléndez, al Lcdo. Vicente Géigel Polanco, al dramaturgo René Marqués, al pintor Rafael Ríos Rey y a la licenciada Nilita Vientós. También conocí a Justine, su hermana de madre; y, posteriormente, la acompañé a su entierro en el Cementerio Los Cipreses de Bayamón. Fui su chofer “part time” y la única queja que tuve es que para ella no existía la hora de la comida.

El Museo de Arte de Ponce celebró una retrospectiva en 1984 del maestro Francisco Rodón. El pintor le extendió invitación a la profesora Girón. Doña Socorro se excusó indicando que ella no salía de noche, que tendría que ir acompañada. El pintor, muy galante le contestó: “Tú y tu acompañante son mis invitados de honor”. La noche de la actividad utilicé una guayabera blanca de manga larga, con adornos en hilo mercerizado Marca “Christian Dior”, que había comprado en la tienda “Clubman”. Estaba en el vestíbulo cuando se me acercó un guardia de palito, contratado para la ocasión, y me indicó que yo no estaba adecuadamente vestido, que, por favor, me retirara de la actividad. Se me cayó el mundo. Se lo dije a doña Socorro. Ella contestó: “Si se va usted, me voy yo”. Fui a consolarme donde don Eugenio Ruberté, “Don Geño”, el empleado de confianza por más de treinta años de los Ferré y con quien me relacioné, ya que yo fui guía de Museo de 1967 a 1973. Me ripostó: “De ninguna manera; usted se queda aquí”.

Empezó a llegar mucho público donde sobresalían damas ponceñas recién salidas del salón de belleza “Deluxe”, que exhibían sus tintes azules, sus prendas y, aunque usted no lo crea, “abrigos de visón”. Estaba lleno a capacidad el vestíbulo cuando llegó don Luis A. Ferré, quien estaba recién casado con doña Tiody De Jesús. Don Luis se presentó en guayabera, claro con mancuernas de rubíes. Doña Socorro fue a recibir a los esposos. Le plantó un beso a don Luis y, de momento, se volteó donde el guardia y le increpó: “Bota a este. A que no te atreves”. Inmediatamente le contó a don Luis que habían botado al hijo de ella porque estaba en guayabera. Me gritó para que me acercara; yo estaba escondido detrás de las escaleras. Me presenté. Doña Tiody le recriminaba a don Luis su vestimenta. Don Luis decía: “Pero si yo vengo para mi casa”. Hubo murmullo entre los presentes, la mayoría de ellos no frecuentaba el Museo. Entre los ofendidos estuvo el Dr. René Taylor, ciudadano inglés, quien ejercía como Director del Museo. Decía en su español “atravesao”: “¿Quién carajo me dice a mí que para venir a mi trabajo no puedo venir en guayabera?”. Resultó la comidilla que se ventiló en el programa radial que tenía la pintora Jeanette Blasini Lluberas en la emisora WPAB. La situación llegó a oídos del pintor, quien nos envió excusas y una invitación especial para visitarlo en su taller. Pasaron los años y me tocó presentar la semblanza de don Luis A. Ferré en una actividad. Vino un fotógrafo de El Nuevo Día a cubrir la actividad. En un aparte, me solicitó le identificara a los fotografiados. En eso me hizo el siguiente comentario: “Ay virgen, yo me vine en mahones, to’ tirao y aquí botaron a uno que vino en guayabera”. Yo le contesté: “Ay amigo, nunca nombre la sogá en casa del *ajorcao*, que eso fue a mí”.

Su familia era pequeña. Doña Socorro enterró a su tío Enrique Torres Irigoyen y a su prima Carlina Duén Irigoyen. Contrató los

servicios de la Funeraria Oliver de la Calle Concordia. En la misma funeraria, realizó los prearreglos, dejando llena toda su información demográfica. Doña Socorro falleció a los ochenta y cinco años en el Asilo Santa Marta, ubicado en el Cerro Betania de Ponce el domingo 30 de enero de 2005. Fue cremada. Cuando la felicité en ocasión de sus 63 años (1982), me dijo en una carta: “¡Quién lo diría! Me parece algo así como un milagro el que esté viva todavía después de haber tomado tantos boletos para el más allá”.

Doña Socorro tuvo una relación muy especial con la Universidad de Puerto Rico en Ponce. Fue la primera profesora en ser nombrada en el otrora Colegio Regional de Ponce. En la inauguración del Colegio Regional el 23 de agosto de 1970, circuló un ejemplar del periodiquito Leo, en alusión a los leones de Ponce. Hizo historia, pues Leo recogió por mucho tiempo la historia del Colegio. Posteriormente (1982) se convirtió en Colegio Universitario Tecnológico de Ponce. Luchó por el Colegio como una gallina por sus polluelos. Fue sincera y majadera. No se salvó Víctor Madera, Ruth Fortuño, Hernán Sulsona ni Fernando Agraít.

La obra literaria, la investigación histórica, en resumen, las aportaciones de Socorro Girón se pueden constatar en su Curriculum Vitae y en el catálogo de la biblioteca de esta universidad. Sin embargo, la educadora impactó a miles de estudiantes. Soñaba con un día llenar el Teatro La Perla con parte de ellos. Han transcurrido cuarenta años desde mi presencia en el salón de la profesora Girón, doña Socorro. Le doy gracias a Dios por todas las experiencias vivenciales que adquirí de la persona que siempre me dedicaba sus escritos con el encabezamiento: “A mi hijo postizo, Otto Sievens Irizarry”.